

A portrait of Lorena Clare Facio, a woman with shoulder-length brown hair, smiling and wearing a white collared shirt. The background is a soft, out-of-focus light color.

# COMO EL BAMBÚ

*Autobiografía*



EDITORIAL  
UCR

**Lorena Clare Facio**

COMO  
EL BAMBÚ  
*Autobiografía*

**Lorena Clare Facio**



EDITORIAL  
UCR  
2024

CC.SIBDI.UCR - CIP/4077

Nombres: Clare Facio, Lorena, 1943- , autora.

Título: Como el bambú, autobiografía / Lorena Clare Facio.

Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2024.

Identificadores: **ISBN 978-9968-02-135-7** (rústico)

Materias: SIBDI.UCR: Clare Facio, Lorena, 1943-

| LEMB: Mujeres – Biografías, | Mujeres en la política.

Clasificación: CDD 920.72 –ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 2024.

© Editorial Universidad de Costa Rica,

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257

administracion.siedin@ucr.ac.cr

www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

# ÍNDICE

CAPÍTULO I  
Mi nacimiento  
**1**

CAPÍTULO II  
La Caraña  
**117**

CAPÍTULO III  
Entrada en la política  
**143**

CAPÍTULO IV  
Mi trabajo como primera dama  
**187**

CAPÍTULO V  
Cierre de la oficina en Casa Presidencial  
**229**

CAPÍTULO VI  
¿Qué título ponerle a esta tragedia?  
**245**

CAPÍTULO VII  
El reencuentro con nuestra vida  
**269**

A MODO DE EPÍLOGO:  
Escribir un libro con los cuentos de mi vida  
**283**

# CAPÍTULO I

## *Mi nacimiento*

Así es como yo nací, en 1943, después de mi hermano Manuel, tres años después, en la Clínica Bíblica. A Manuel le había costado mucho nacer. Fue un parto largo y difícil. Tuvo varios derrames pequeños que le dejaron un retardo mental severo y una parálisis espástica. Imagino que mamá estaba nerviosa cuando iba a nacer yo; todos estaban preocupados e hicieron hasta lo imposible para que todo caminara perfectamente. Por eso fue un parto extremadamente cuidado.

Mamá quería una chiquita y papá, probablemente quería un niño. Pero, en definitiva, fue una enorme felicidad porque yo nací bien, que era lo importante. Manuel había sido un bebé muy grande, de piel clara, con ojos azules; un bebé extraordinariamente bello. En aquellos tiempos y para mi familia, sobre todo para la familia de mi mamá, eso era una fuente de orgullo. Yo nací pequeña, delgadita y morena... pero yo nací sanita y esa fue una gran felicidad.

En esa época nos fuimos a vivir a casa de mis abuelos en el Paseo Colón. De esa casa no tengo recuerdos, porque estaba recién nacida. Mientras tanto, mi papá terminaba la casa donde viviría mis primeros años. La primera de muchas casas en las que me tocaría vivir a lo largo de mi vida. Mi papá era ingeniero civil; él y sus dos hermanos trabajaban construyendo casas, puentes y carreteras. Era una casa muy bonita que todavía existe; queda enfrente de la Sala Garbo. De esa casa tengo varios recuerdos muy vivos. Por ejemplo, me acuerdo una vez de la alegría que sentía porque era Navidad y había llegado a casa un muchacho con una marimba. Se puso a tocar junto al árbol que había en la sala y yo bailaba con la música de la marimba.

También recuerdo el cuarto donde dormía, que estaba al lado del cuarto de mis papás. Ahí dormíamos mi hermano Manuel y yo. Y Zeneida Castro,

la china, a la que llamábamos Tati. Tatica dormía a la par mía en una cama que ponían por la noche. Y yo, por entre los barrotes de la camita, le daba la mano y así me dormía. Luego, en la noche, como a la una o las dos de la mañana, me sentaba en la cama y me ponía a cantar una canción que decía: “ya se murió el arbolito donde dormía el pavo real...”. No sé por qué cantaba esa canción siempre. Eso me cuentan, pero yo sí tengo la memoria de sentarme en la cama y ponerme a cantar. En realidad, yo cantaba y bailaba mucho de niña.

Otro recuerdo muy vívido que tengo de esa casa tiene que ver también con Tati. Ella era una persona que trabajaba mucho para mandar plata a su hija y a su familia que vivían en San Ignacio de Acosta. Algunas veces se levantaba más temprano para lavar el carro de mi papá y así ganarse una extra. Y a mí me envolvía muy bien en una cobija y me llevaba con ella. Me ponía en una especie de repisa que el carro tenía en la parte de atrás y ahí acostada, yo veía resbalar el agua y la espuma por el vidrio. ¡Me sentía tan a gusto ahí! ¡Para mí, era como una fiesta! Seguro estaba feliz de que me llevara con ella y no quedarme sola en el cuarto.

Ella era una mujer linda, con su pelo gris amarrado en un moño. Siempre nos vestía y nos arreglaba muy bien. Recuerdo cuando nos llevaba a pasear. Ya había nacido mi hermano menor, Luis Alberto, él nació tres años después. ¡Por suerte él también nació delgadito y moreno!

Íbamos los tres con Tati, Luis en el cochecito, caminando hasta el Paseo Colón; yo iba agarrada del delantal de Tati. Allí esperábamos el tranvía. A mí me ilusionaba mucho y esperaba con ansia que apareciera el tranvía amarillo que venía desde La Sabana. El cobrador del tranvía nos ayudaba a subir y a doblar el cochecito, con toda la calma y la amabilidad del mundo, como eran antes las cosas. Ese tranvía era de madera y metal, y creo que no tenía vidrios en las ventanas. Era muy seguro, casi nunca sufría accidentes. Estaba muy limpio y bien iluminado. Atravesábamos el Paseo Colón y toda la Avenida Central hasta llegar al Parque Nacional donde nos bajábamos. Después el tranvía seguía hasta San Pedro. Había otro tranvía que iba de norte a sur, desde la Estación al Pacífico, pasando por delante de la Catedral y llegaba hasta Guadalupe, pero ese nosotros nunca lo usamos. Tampoco conocimos el primer tranvía que hubo en

Costa Rica, en la ciudad de Cartago. No era eléctrico como el de San José, sino que iba jalado por una locomotora de vapor.

Cuando llegábamos al Parque Nacional, Tati se sentaba en un poyo de piedra a cuidar a Luis, mientras Manuel y yo jugábamos con otros niños que llegaban a ese parque. Lorena Lines, una amiga muy querida, me contaba que a ella también la llevaban a ese parque, probablemente jugamos juntas en más de una ocasión.

En aquella época los niños siempre jugábamos afuera. A veces estábamos dentro de la casa jugando y oíamos, siempre acompañado de unas palmas: “¡niños, a jugar afuera!”. Cuando llovía o por alguna razón no se podía salir, nos íbamos a un cuarto de juegos que había en la parte de arriba de la casa, una especie de ático, donde teníamos los juguetes.

También hacíamos paseos a las fincas de los abuelos o de las tías, donde nos encontrábamos con los primos.

Mi abuelo Antonio y mi abuela Cristina tenían una finca en San Rafael de Escazú. Esa finca fue la que después mi abuelo y un grupo de amigos, Lionel Yglesias y otros más, convirtieron en el Country Club. Por eso cuando entrás al Club, se ven las fotos de mis abuelos con otras familias, sentados en unas pacas de heno a la sombra de un hermoso ceibo cerca de un laguito. Ese primer ceibo se cayó porque estaba muy viejo, pero sembraron otro nuevo que todavía se encuentra ahí.

Cuando se hizo el Club, mi abuelo compró otra finca que estaba enfrente. Era una hermosa finca rodeada de tres ríos: al norte, río Agres; al este, río Chiquero y al oeste, río Cruz.

Allí había una casa de adobe de esas antiguas, con amplios corredores y techos de teja. De chiquillos íbamos mucho a esa finca del abuelo Antonio, pero no nos quedábamos a dormir. Íbamos los sábados, sobre todo, que era el feriado de todo el mundo; bueno, papá no, papá trabajaba los sábados, pero íbamos con mamá y probablemente iban mis tías y mis primos. Y Tati, inseparable siempre.

Recuerdo una vez, cuando acababa de nacer mi hermano Luis Alberto, que me llevaron a esa finca donde había caballos y muchos animales.

Yo cogí un pollito muy lindo para llevárselo a mi mamá. Mamá estaba en la cama y en esa época se acostumbraba que llegaran visitas a conocer al bebé. Y ella, como era una mujer tan detallista y vanidosa, tenía en su cama unas sábanas y unos edredones muy lindos que se hacían en ese entonces, con bordados a mano y muchos encajes. Luis estaba a su lado, en una canasta forrada con volantes y un toldo de gasa. Y yo llegué con el pollo, ilusionadísima, a enseñárselo a mamá y se lo quería poner en la cama. Se lo quería dar a ella, pero mamá me decía: “¡no, no, no, con el pollito no puede entrar!”. Y yo, con el pollito en brazos, le decía: “¡el pollo no cuita, no cuita, no cuita!”.

Después nos fuimos a vivir allí, a la casa de adobe de la finca nueva de mi abuelo.

### ***La casa de adobe***

Sería 1946 o 1947 y era la segunda casa donde yo vivía. Mi mamá la arregló y la dejó preciosa. Ella era muy creativa y con cualquier cosa hacía adornos increíbles. En el corredor puso una enredadera que se cubría de flores. No me acuerdo para nada de los cuartos, pero sí recuerdo que al fondo de la casa había un antecomedor y luego estaba la cocina; y de la ilusión loca que me hacía tomarme un jugo de tomate que Tati me hacía en las mañanas. ¡Qué cosa más rara, en qué cabeza cabe que me encantara el jugo de tomate! Hasta hoy día me encanta, aunque dicen que las personas mayores no deben abusar del tomate.

Un recuerdo que tengo de esa casa fue cuando casi casi me mata un caballo. Resulta que con frecuencia me llevaban a dar una vuelta a caballo. Le ponían una montura pequeña, me amarraban los pies a los estribos y al caballo lo llevaban jalado. Debo haber sido como una mosca, porque era pequeña y flaquilla. Ese día íbamos a dar la bendita vuelta y el muchacho que tenía que sostener las riendas se descuidó, el caballo se asustó y empezó a correr; no sé cómo yo me di vuelta y con los estribos amarrados, me fui para atrás. Mi cabeza golpeó la cola del caballo y yo quedé inconsciente. El caballo desbocado siguió corriendo y pasó por

un árbol de limón agrio que habían estado podando. Le habían cortado las ramas y esas espinas se me clavaron en la cara. Yo algo me acuerdo, pero muy poco, que mi mamá me tenía alzada en el corredor. Sí recuerdo los cuentos que me contaron: que me salvé porque había una cerca de esas de alambre de púas y el caballo paró; siempre me decían que era un milagro que no me hubiera matado. Lo único que yo sé es que por años tuve unas cicatricillas en la cara, que eran de las ramas que se me habían clavado. ¡Pobrecita mi mamá, el susto que se llevó!

### ***La revolución***

Esa etapa idílica de la infancia, viviendo en la finca, jugando muy libre, con los caballos y los paseos a la poza del río, esa vida hermosa se rompió.

Una especie de intuición infantil me permitió medio adivinar que algo grave iba a pasar. Recuerdo que yo iba con frecuencia a visitar las fincas de mis tías. Mi tía Cecilia se había casado con Rodrigo Trejos Montealegre, que era un finquero de café en Escazú. Y mi tía Cristina también se había casado con un finquero de café, Ramón Aguilar Castro, que tenía fincas de café en Tres Ríos. Eran familias adineradas y yo me acuerdo de que una vez, estando en una de esas fincas, escuché a mi abuelo Antonio Facio, a mi papá y a otra gente conversar sobre la posibilidad de que fuera a haber una revolución. Yo era muy chiquitilla, iba a cumplir 5 años, pero seguro percibía que era algo grave y me daba miedo. De lo que también me acuerdo es del horror que sentí un día cuando un camión pasó al frente de mi casa con un montón de gente que gritaba: “Mamilo, así le decían a mi papá, te andamos buscando”. Salí corriendo al cuarto de mis papás para contarle a mi mamá lo que había oído. Pero ella me tranquilizó y me dijo: “acordate de que tu papá está en Estados Unidos haciendo un curso”.

Mi papá y la familia de mi papá, el abuelo Clare, y mi tío Enrique trabajaban con el gobierno de Calderón, haciendo carreteras y puentes; a eso se dedicaban. Entonces eran mariachis. La familia de mi mamá, los Facio, no eran mariachis, estaban con Otilio Ulate.

Y también recuerdo los gritos, una noche cuando decían: “Mataron a Memé”. Así le decían a Víctor Yglesias, que vivía en la casa que estaba a la par nuestra, al otro lado del río. Todavía existe esa casa. A Víctor Yglesias no lo mataron, él salió huyendo y se escondió en la finca de mi abuelo y le llevaban comida entre los amigos.

Esa misma noche, unos hombres venían a quemar nuestra casa, por eso a mí y a mis hermanos nos sacaron envueltos en unas cobijas, a escondidas, y nos llevaron a dormir a la Casa Vieja; así le decíamos a la casa de la finca de los Trejos Montealegre donde vivía mi tía Cecilia, tía Chechil, y ahí pasamos la noche. El recuerdo que yo tengo es que después nos llevaron a la casa de Lolita Clachar y de ahí nos fuimos para México.

En México nos fuimos a la casa de una hermana de mi abuela Cristina, que se llamaba Albertina, Nanita, casada con John Stein, un gringo.

Me acuerdo de esa casa; no estábamos muy cómodos, éramos muchos. De un solo tirón llegaron cinco personas: los tres chiquitos, mamá y Tati; papá seguía en Estados Unidos. Recuerdo muy bien la zozobra en que vivíamos. Una anécdota curiosa: resulta que mamá había salido a comprar unas naranjas a una muchacha que las vendía en la esquina de la casa. Mamá quería comprarle todas las naranjas que tenía en el canasto, pero ella no se las quería vender porque se quedaba sin nada que vender. Entonces tuvimos que dividirnos: nosotros los chicos fuimos y compramos unas; Nanita fue y compró otras y mamá fue y compró las últimas. No hubo de otra.

Unos meses después papá regresó a Costa Rica y nosotros también. Al llegar, nos fuimos a la casa de mis abuelos maternos donde viviríamos.

### ***La casa de la Soledad***

Esa casa fue de mis bisabuelos Ramón Castro Fernández y Elena Carazo Peralta. Estaba situada en avenida segunda, 100 metros al oeste del cuartel Bellavista. Era una casa amplia con un patio central y una fuente.

Dormíamos, mis hermanos y yo, con Tati en la temblorera. Las tembloreras se construían de materiales muy livianos en los patios de las casas para resguardarse de los temblores. Los chiquitos dormíamos ahí, pues la casa no tenía cuartos suficientes.

A mí me tocaba dormir en el pasillo de la entrada, ahí tenía una cama que daba a la ventana donde me acostaba a ver pasar las nubes. Recuerdo que yo decía que en esas nubes estaba la Virgen.

Una vez instalados, nos llevaron a ver la casa de adobe y ahí me encontré que todo estaba totalmente quemado. Fui a buscar mis cosas entre las ruinas, la bicicleta que yo tenía y las muñecas estaban quemadas. Fue una impresión tan terrible que me ha durado toda la vida. De hecho, nunca, nunca, hasta muchos años después, logré ver una película de guerra, para mí el terror más grande del mundo es la guerra.

Mi mamá fue a buscar los cubiertos de plata y el vestido de novia que había enterrado antes de escapar, los había enterrado cerca del río, en el lindero de la finca de nuestra casa con la finca de los Trejos Montealegre.

En la casa de la Soledad pasaron cosas muy fuertes y dolorosas. Las historias están vivas en mi mente, pues en la familia se hablaba mucho de eso y crecí escuchando todas las historias. Una de las historias es que cuando yo tenía 3 años, el 17 de diciembre de 1946, mi tío Hernán Facio, hermano de mi mamá, murió junto a su esposa Lucilita Gurdián y su chiquita Patricia. Venían de Estados Unidos donde Hernán había sacado su título de oftalmólogo. El avión se cayó en Guanacaste y no lo encontraron hasta el año siguiente, en diciembre también. Desde los tres años empecé a oír todas las historias de ese accidente. Tanto, que he tenido que pensar y calcular los años que tenía al relatarlo porque en mi cabeza lo tengo como si lo hubiera vivido.

De Patricia, me contaban que era muy linda, con pelito crespo, que a mí me encantaba jugar con ella y que me hacían cachumbos para que el pelo se me encrespara como el de ella. Todavía tengo fotos de nosotras dos juntas en el patio central de la casa de los abuelos, cuando los visitábamos. De Hernán y Lucilita también hablaban con enorme amor y tristeza.

Recuerdo oír relatos de la búsqueda del avión, de cómo papá con otros señores recorrieron el territorio guanacasteco en su busca y de oír a mi mamá contando cómo regresaba papá: picado de cuanto bicho había y hasta de sanguijuelas. Todo esto durante el año 1947. En diciembre de ese año encontraron el avión y los restos de los pasajeros.

No puedo imaginar a mi abuelo Antonio y a mi abuela Cristina en aquel momento porque me duele el corazón. Cuando murió mi hijo Miguel Alberto, mi abuelita Cristina estuvo muy presente en mi memoria. El verla siempre de negro, imagen de su sufrimiento, me llevó a pedir que nadie fuera de negro al funeral. Andrés tenía 12 años y no quería que tuviera esa imagen mía. De todas maneras, el dolor lo llevas adentro y no lo superas nunca.

En diciembre del año 1948 durante la contrarrevolución mataron a mi tío Tony, Antonio Facio, el hermano menor de mi mamá, yo ya tenía 5 años. Era médico, muy jovencito, pero ya era presidente de la Unión Médica Nacional; se había casado con Flora Hernández y tenían una bebé que se llama Alexandra.

Todo el mundo le dijo que no fuera, que no fuera, pero él se empeñó en ir. El 20 de diciembre de 1948 los invasores derrotados huían hacia el Murciélagu, en la Bahía Santa Elena, buscando escapar por mar. Ahí tropezaron con la brigada de la Cruz Roja en la que venía Tony con otros cuatro médicos, un guía, un sacerdote y voluntarios de primeros auxilios que iban a instalar un centro de asistencia para cuidar de los heridos. Los mataron a todos.

Fue mi abuelo Antonio, en el Hospital San Juan de Dios, el que recibió los cadáveres y reconoció el de Tony. Estuvo buscando entre los cuerpos y cuando vio el de su hijo, se desmayó. Tiempo después, al Hospital de Limón le pusieron su nombre: Hospital Tony Facio Castro.

Además, nos tocó el Cardonazo en 1949, cuando el ministro de Seguridad Pública se levantó en armas contra la Junta de Gobierno, encabezada por José Figueres. Empezamos en la noche a oír disparos, mi papá llegó corriendo y nos sacó en fila india. Pasamos de la temblorera a la casa corriendo, disparaban y disparaban, nos dijeron que camináramos pegados a la pared y algunas balas caían en el patio central de la casa. Veíamos cómo caían. Continuamos bien pegaditos a la pared y agarrados

de la mano, hasta el dormitorio de los papás. Al día siguiente, pasado el susto, estábamos en el patio central recogiendo las balas y jugando con ellas, qué increíbles los niños.

Fueron demasiadas cosas vividas. Todavía hoy tengo la visión de ataúdes en el patio de esa casa, no sé si es real, pero me ha acompañado toda mi vida.

Yo tenía casi 6 años y habíamos vivido muchas tragedias. A pesar de mi corta edad y de que nos quisieran proteger, a mis hermanos y a mí del sufrimiento de la familia, eso no era posible.

Reviviendo todo esto al contarlo me siento ahí, a la par de la familia oyendo como le pedían a Tony que no fuera a cuidar de los heridos, sintiendo la falta de Patricia, y sufriendo a la par de mis abuelos y de mis papás; comprendo su sufrimiento, comprendo el vestido negro de mi abuelita y comprendo sus lágrimas al rezar el rosario.

Después, a Dios gracias, empezamos a volver a la rutina de la vida diaria.

Llegó el momento de ir al kínder y me mandaron al kínder de la niña Hermitita que quedaba en la esquina, a 50 metros de la casa de mis abuelos. Después lo pasaron a una esquina del parque Morazán, a la par de donde después iba a ser la Escuela Perú.

A ese kínder iban Lorena Lines, Marta Nydia Castro, Beatriz Soley y muchas más. ¡Y todavía somos muy amigas!

De ese kínder me acuerdo del día de la Virgen, que íbamos todas con una azucena y vestidas de blanco. Yo debía tener como seis años. En ese entonces mi papá ya había empezado a construir la casa de madera en Escazú.

### ***Mis abuelos maternos***

Mi abuelo se llamaba Antonio Facio Ulloa. Su papá, Justo Facio, era hijo de un italiano que llegó a Panamá y de Natalia Ulloa, una costarricense. Este bisabuelo mío, Justo, fue un personaje importante en la cultura costarricense. Él nació en 1859, en Santiago de Veragua, cuando ese territorio

panameño todavía pertenecía a Colombia, pero los papás se lo trajeron a Costa Rica cuando tenía menos de dos años. Desde muy joven ya destacaba por escribir poemas y artículos que publicaba frecuentemente en periódicos y revistas. En especial en la prestigiosa revista que publicaba Joaquín García Monge: el *Repertorio Americano*. Fue docente durante muchos años y se desempeñó en puestos importantes, incluso fue ministro de Educación durante el gobierno de Rafael Yglesias. Publicó en 1894 el libro *Mis versos*, donde reunió la mayor parte de sus poemas, además de varios libros de ensayos sobre temas culturales, como *Lucha por la cultura*, en 1923, *La cultura literaria*, en 1930 y *Ojeada sobre el origen y el desenvolvimiento del romance castellano*, en 1931.

Se casó en segundas nupcias con Rosario Brenes y nació Rodrigo Facio Brenes. Rodrigo Facio fue todo un personaje: diputado de la Asamblea Constituyente y miembro fundador del partido Liberación Nacional. La Universidad de Costa Rica lleva su nombre.

Mi abuelo Antonio se casó con Cristina Castro Carazo y tuvieron dos hijos: Antonio y Hernán, y tres hijas: Cecilia, Cristina y mi mamá, María Elena.

Mi abuela Cristina, Cristina Timotea Castro Carazo, era hija de Ramón Castro Fernández y Elena Carazo Fernández, y nieta de José María Castro Madriz, fundador de la República y primer presidente de Costa Rica, y Pacífica Fernández nuestra primera dama. Tuve el privilegio de aparecer con ella en la portada del libro *Las Primeras Damas de Costa Rica* publicado en el año 2001 por Jorge Francisco Sáenz Carbonell, Joaquín Alberto Fernández Alfaro y María Gabriela Fernández Alfaro. De Mamita, como le decíamos a mi abuela Cristina, todos los recuerdos que tengo ya son con su vestido negro. No me acuerdo de haberla visto jamás con un vestido que no fuera negro. Conforme han pasado los años, me he ido sintiendo más unida a ella.

Un día conversando con mi tía Cecilia, Chechil y mi primo Yoyo, les decía que Mamita a mí me había enseñado mucho.

Sí, he pensado mucho por qué habré tenido esa conexión tan especial; probablemente ha sido porque nos unió compartir la muerte de seres muy queridos, porque yo perdí a mi hijo Miguel Alberto y ella perdió a sus dos hijos: Tony y Hernán. Además, yo también tuve la pérdida de un bebé

que nació vivo y murió enseguida, Felipe se llamaba; y la muerte de mi hermano Luis Alberto. Creo que nos ha unido la tragedia.

Después de la muerte de mi abuelo Antonio, Mamita se quedó sola. Mis tías y mi mamá decidieron que era mejor cerrar el apartamento donde vivían y que mi abuela Cristina viviera tres meses con cada una de las hijas. A mí me parecía una barbaridad y me dolía mucho verla así, ambulante. Yo escuché muchas veces a mi mamá lamentándose: ese ha sido el crimen más grande que hemos cometido con ella.

Recuerdo que cuando vivía con nosotros, ella tenía un ritual: primero, le llevaban el desayuno a la cama; después se bañaba, se vestía, se peinaba y se ponía a tejer. Ella me enseñó a tejer y a mí me encantaba. Pero para tejer hay que tener mucha paciencia y en realidad yo he sido muy poco paciente. Cuando Miguel Alberto iba a nacer, dije: “yo le voy a hacer unos esarpines...” ¡Solo un esarpín pude hacer! Y me acuerdo de que le pedía a Tatica Dios que, por favor, ¡me lo mandara con los dos piecitos!

Luego ella iba a misa de once a la catedral. De vez en cuando yo iba con ella a misa y me gustaba mucho. Yo la volvía a ver y me encantaba todo lo que hacía; seguro lo hacía con mucha piedad. Entonces yo repetía exactamente todo lo que ella hacía: si ella se hincaba, yo me hincaba; si agachaba la cabeza, yo agachaba la cabeza. Lo único que no hacía era llorar, porque ella lloraba siempre durante la misa.

En la tarde salía a dar una vuelta en carro, lloviera o no lloviera, ella siempre salía a pasear en carro con el chofer y la enfermera que se quedaba sentada en el asiento de atrás. Era muy común que fueran a tomar café a la Soda Tapia. No me acuerdo si de vez en cuando salía con alguna amiga; me imagino que sí, o tal vez ya no tenía amigas en ese entonces. Mi mamá decía que Mamita solo tenía una casa: el carro. Ella tenía una maleta chiquita y ahí metía sus vestiditos, pocos, tres o cuatro vestidos, todos con un saquito negro y así se pasaba de casa, con su maletita. ¡Qué cosa más terrible! Me apena mucho que yo no estuviera con ella cuando murió.

Así como de Papito recuerdo cosas divertidas, de Mamita no puedo. La veo sentada en su poltrona con los nietos alrededor, contándonos cuentos o enseñándonos a rezar el rosario.

Papito, en la finca de Escazú hizo un jardín muy bello con rosales que cuidaba con esmero todas las mañanas y un laguito que todavía existe muy lindo. Cuando nos juntábamos los sábados y no llovía, nos íbamos a montar en una lanchita chiquitilla y a remar. Nada le hacía más gracia a Papito que la lanchilla diera vuelta y nos fuéramos al agua donde aprovechábamos para hacer guerra de barro. Luego él nos manguereaba a todos para quitarnos el barro.

Después de la Revolución, durante el gobierno de Otilio Ulate Blanco, que gobernó de 1949 a 1953, nombraron embajador en España a mi abuelo Antonio; era la época de Franco. Cuando regresaron de España nos trajeron a cada una de las nietas un baúl pequeño muy lindo, de una madera que olía riquísimo. Adentro tenía un mantón de manila bordado de colores y además una casita con una Virgen de Fátima. Yo paseaba por los corredores de esa casa con la mantilla española y me sentía la mujer más feliz y linda del mundo. Y aquella Virgen anduvo siempre conmigo. Cuando era ya adolescente, recuerdo que vivíamos cerca del Edificio Metálico, yo tenía ya mi propio cuarto y ahí tenía la Virgen que me trajo Mamita. Y recuerdo que me hincaba a rezarle a la Virgen... ¡y a pedirle que me mandara un buen marido!

Otra historia que tengo de Mamita es cuando ellos estaban en Washington, porque a mi abuelo Antonio lo nombraron Embajador de Costa Rica en Washington durante el primer gobierno constitucional de José Figueres. Yo me fui una temporada con ellos para aprender inglés; tenía 10 años en aquel entonces. Recuerdo que Papito quería que Mamita se arreglara muy bien para los actos protocolarios, pero a ella no le gustaba. Mamita era un amor siempre y muy sumisa con Papito, que frecuentemente la andaba regañando o corrigiendo para que se vistiera así o asá. A veces se desquitaba poniéndose detrás de él para que no la viera y entonces apretaba los cachetes y los puños y le sacaba la lengua; cuando él se volvía a verla, ella le sonreía con amor... ¡Cuántas veces me ha servido este truco en mi vida!

Esa época que pasé en Washington con los abuelos me enseñó mucho. De vez en cuando me dejaban ir a una farmacia cercana y sentarme en un mostrador alto donde vendían perros calientes. Tooodo el camino iba repitiendo “*one plain hot dog, one small coke...*”, para poder ordenar y comerme sola aquella delicia.

Me moría de la felicidad cuando me llevaban a una tienda especial, no recuerdo su nombre, donde vendían unas bolas lindísimas que se desenvolvían muy poco a poco y tenían un chocolate adentro. Con mucho tacto tenía que pedirla porque me daba pena con Papito.

No había domingo que no saliéramos a pasear en carro. ¡Qué tigre y qué mareo! A veces me dejaban quedarme sola en la embajada y eso sí que me hacía feliz: no había rincón que no escudriñara, hasta las oficinas de la embajada me conocía. Y también aprovechaba para escribir a mis papás.

Mi abuelita fue muy fuerte para soportar las pérdidas que tuvo. Igual que mi mamá. Mamá tuvo que tener un corazón muy valiente para luchar contra lo que se le venía encima con Manuelito. Porque a mi abuelita se le murieron sus dos hijos, pero una cosa es llorar los hijos muertos y otra cosa es luchar contra la sociedad y hasta con su propia familia.

Recuerdo que mamá, cuando surgieron los problemas con la detención de Miguel Ángel, veía que yo no quería salir de la casa, quería encerrarme. Y mamá me dijo: “usted hoy se viste, se arregla y sale conmigo, levanta la cabeza y le importa un pepino cómo la gente la vuelve a ver”. Pero seguro que mi abuelita me hubiera dicho: sentate aquí a la par mía, vamos a rezar el rosario.

En aquella época que pasé con ellos, a mi abuelo Antonio, como embajador en Washington, también le tocaba representar al Gobierno de Costa Rica ante la OEA. Por eso, cuando se produjo la invasión de las fuerzas calderonistas a Costa Rica, en enero de 1955, apoyada por el presidente de Nicaragua, Anastasio Somoza, con la colaboración de los gobiernos de Pérez Jiménez, de Venezuela, y de Trujillo, de República Dominicana, a Papito le correspondió obtener la aplicación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca en favor de Costa Rica, lo que era fundamental, porque ya no teníamos ejército. Yo recuerdo bien la algarabía de todo el mundo en la Embajada cuando se consiguió ese logro.

La relación de mi abuela Cristina, Mamita, con las hijas Marielena, Cristina y Cecilia era una relación de mucho amor y mucho respeto. Mi mamá, que era la mayor de las hermanas, siempre tuvo un carácter fuerte. Era la que decía cómo se tenían que hacer las cosas. Mi mamá tenía muy buena relación con su papá, mi abuelo, porque se parecían mucho.

Mamá y tía Quitin, Cristina, estuvieron de pequeñas internas en el colegio de Sion, porque mis abuelos vivían en Limón. De fijo fue duro para las dos estar lejos de sus papás. Luego las mandaron a un colegio en Estados Unidos. Solo tía Chechil, Cecilia, por ser la más pequeña, nunca fue a estudiar afuera; es mi madrina y nos llevamos muy bien. Siempre ha sido muy chineada y mi relación con ella ha sido muy linda. Tía Quitin era la más dulce y buena de todos; decían que era un “pozo de dulzura”.

Cuando mis abuelos se fueron de embajadores a Estados Unidos en 1954-1955, al puro principio mamá se fue con ellos para acompañar a su papá a las recepciones que tenía que asistir, para acomodar y organizar la casa de la embajada y ayudar con los compromisos que tenían. Y ella me contaba que en esa época se le cayó el pelo, porque se fue al salón y la peinaron muy bonito, pero con montones de laca. Ella no se tocó el pelo quién sabe en cuantos días y cuando se lo fueron a lavar, quedó el lavatorio lleno de pelo. Seguramente no fue la laca, sino el estrés.

### ***Un mandato sobre los hombros***

Yo siempre tuve la sensación, desde pequeña, de que había nacido para llevar alegría a la familia. No sé cuándo lo sentí por primera vez, pero sí recuerdo que fue desde muy pequeña. Probablemente era porque los grandes, cuando me alzaban o me chineaban, me decían: “esta chiquita vino solo pa’ traernos felicidad”. Y yo creí que mi deber era llevar alegría y nunca hacer problema; portarme siempre bien. Te catalogan así y no le das más vueltas. Probablemente esto tuvo mucho que ver con la discapacidad de mi hermano Manuel, Melis, que tanta preocupación les dio a mis padres.

Me viene a la memoria que mi prima, Sandra Clare, cuando ya estábamos más grandes, me decía que le impresionaba mucho que yo siempre quería buscar un huequito donde meterme, como un lugar privado donde yo me pudiera meter y estar sola. Probablemente era como para huir del ruido del mundo, como para tener un espacio mío, más privado. Cuando nosotros estábamos chicos, ninguno tenía dormitorio propio, todos dormíamos en el mismo cuarto y nos bañábamos en el mismo baño.

Puede ser que ese rinconcito que buscaba era también para librarme de esa responsabilidad que sentía sobre mis hombros, de esforzarme siempre en dar felicidad y no hacer problemas.

Creo que eso sí me marcó mucho, porque en mi vida, no solo ahora, sino ayer, antier y desde siempre, mi vida ha consistido en no ser un problema, andar como una equilibrista, en la cuerda floja, con las bolas en la mano, viendo cómo las acomodaba para que no cayeran, para que no hubiera problema, para ayudar a los demás.

En eso también tuvo mucha influencia vivir cerca de Tati, ver a los peones de las fincas y a sus hijos; ver cómo vivían; ver a las empleadas, la congoja cuando alguna de ellas quedaba embarazada y el papá de la criatura desaparecía. Recuerdo especialmente a un jardinero que andaba descalzo. Cuando terminaba el trabajo se iba a una pilita que había cerca del jardín y ahí se lavaba bien con jabón de barra y cepillo de “raiz” antes de ponerse los zapatos para ir a la escuela. Fue importante saber que había gente muy diversa. Gente que tenía dinero, gente que no lo tenía, gente bonita, gente fea, gente mala, gente buena y que la idea era que había que convivir entre todo eso. También con la discapacidad de mi hermano. Recuerdo que, durante mucho tiempo, todas las noches yo le pedía a Dios que al día siguiente Manuel amaneciera bien. Hasta que un día, no recuerdo si fue que me di por vencida o que yo le pregunté a mamá que cuándo se iba a componer Manuel y ella me dijo que Manuel era normal así, que así iba a ser siempre.

Me tocó ver sus constantes ataques de epilepsia. Papá y mamá fueron increíbles al respecto, porque a mí y a mi hermano Luis nos explicaban qué era lo que estaba pasando y que no tuviéramos miedo, que eso era normal en la condición de él. Probablemente también en el momento que él tenía una convulsión, nos íbamos a otro cuarto.

Me acuerdo de ver a mi mamá tirada boca abajo en la cama llorando porque a Manuelito le tiraban piedras y le gritaban tonteras en Escazú. Pero a él nunca le prohibieron que saliera.

Él iba a caminar donde fuera, tenía muchos amigos; era muy impresionante la cantidad de amistades que tenía, gente grande obviamente.

Los chiquillos le decían tonto y le tiraban piedras, lo escupían y de todo. Era terrible, pobrecitos mi mamá y mi papá, sufrieron mucho.

Si nos invitaban a una fiesta, muchas veces decían: “no traigas a Manuel”. Pero me contaba que ella, agachando la cabeza, nos llevaba a nosotros y a él no lo llevaba; pero qué ganas le daban de no ir a nada. Pero claro, había que ir porque los demás miembros de la familia no podían vivir dependiendo de una persona.

Es doloroso recordar que la gente se burlaba de las personas discapacitadas; en aquellos tiempos, ¡la gente se burlaba! A mí eso me afectó mucho. Porque entonces, si la gente se burla, no sabés cómo o en qué momento podés hablar del asunto. No sabés en quién confiar.

La última vez que una persona se rio cuando yo le estaba contando que mi hermano tenía un problema mental de retardo fue en París, en el colegio de monjas. Yo tenía dieciséis años y me acuerdo como estarlo viviendo y me dije: ¡qué idiota!

Yo personalmente acepté que la gente no entiende estas cosas; eso me llevó a mí, en esa época de mi adolescencia, a ser muy tímida y reservada. No me gustaban las fiestas ni ir a bailes ni nada de esas cosas; no era lo mío. Lo mío era andar en bicicleta, patinar, montar a caballo, elevar papelotes, ir a la piscina; todo eso sí me gustaba, pero no me gustaban las fiestas.

Además, tampoco tenía confianza en mí, porque me veía flaquilla, morena. Me alimentaban mi autoestima diciéndome que yo era lindísima en el sentido de que no daba problemas, siempre estaba contenta. Al final de su vida, mi mamá me escribió una cartita muy linda donde me decía que en su vida, yo había sido su corona de diamantes.

## ***Los primos***

Nosotros no vivíamos en barrio, vivíamos aislados en una finca, esa realidad me dio oportunidades increíbles, pero también limitaciones. Las oportunidades eran poder disfrutar la niñez al aire libre, en contacto con

la naturaleza y con todos mis primos. Me acuerdo de que en esa finca gozábamos mucho, también con los chiquillos hijos de los peones, porque todos jugábamos juntos.

Por ser la mayor, y tal vez también por mi personalidad, yo era siempre la que manejaba a los primos, la que los metía en enredos. Mi tía Cristina siempre me decía “Qué negrita más invencionera...”. Y entre esas invenciones y travesuras me acuerdo de un cuento con mi primo Rodrigo.

Yoyito estaba chiquitillo, yo le llevaba como cinco años. Y había una viejita que andaba siempre con un vestido café, seguramente era el hábito de la Virgen del Carmen; la gente antes usaba mucho ese hábito de la Virgen. Ella siempre pasaba por la calle, al frente de la casa vieja, fumando puro. Todo el mundo se burlaba de ella y le decían: “Estrella, la vieja del puro”. Pero a nosotros nos tenían prohibido hacer eso. “No vayan a gritarle nada a Estrella”, nos decían.

Un día yo le dije a Yoyo que se metiera detrás de una palmera y le gritara: “Estrella, Estrella, la vieja del puro”. Él se escondió y le gritó:

—Estrella, la vieja del puro.

—Chiquillo, come m\*\*\*\*\* h\*\*\*\* –Estrella se volvió y le gritó.

El pobre chiquito se quedó aterrado y salió corriendo a contarles a tía Chechil y a Papito que estaban ahí. Yo pensé, ahora sí me van a guindar, pero por dicha los dos lo tomaron como una broma y no me castigaron.

Otra vez, con tequiosuras de ese calibre, me fui a dormir con mi prima Ana Cristina a una de las fincas de ellos, una que le decían Santa Inés. Era una finca muy bonita y allí el abuelo de ella, Ramón Aguilar, tenía una cría de gallinas importadas, finísimas. El abuelo había cogido tres o cuatro huevos, no sé cuántos, y los había puesto encima de la cama para hacer todo el proceso en las incubadoras que tenían. Y cuando los vi, le pregunté a Ana Cristina:

—¿Vos has comido huevo crudo?

—No, ¿cómo se te ocurre?, yo no he comido huevo crudo –me dice Ana Cristina.

—Pues cojamos un huevo de esos y yo te enseño a comer huevo crudo, es rico, riquísimo.

Me acuerdo como estarlo viendo: nos fuimos y nos sentamos ahí en un cañillo y yo traté de hacerle un huequito al huevo para que se lo chupara. Bueno, la cuestión es que casi se vomita con el huevo y al final lo botamos. Al rato oímos al abuelo:

—Yo dejé cuatro huevos aquí, cómo es posible solo haya tres, ¿quién cogió el otro huevo?

Nos volvió a ver y nosotras, así viendo para arriba...

—Tal vez esté bajo la cama —le digo a Ana Cristina para disimular.

Y las dos metidas debajo de la cama, muertas de risa. Todo era idea mía, ¡ay no, qué cosas más increíbles! Es que era como la más imaginativa, la más tremenda. Ellas eran superbuenas, no se les ocurría nada y yo vivía inventando todo; inventaba los juegos, las travesuras. Era la calavera zum zum, que era un juego en un cuarto oscuro adonde la calavera zum zum perseguía a los chiquitos, nos invadía el nerviosismo y gritábamos como locos.

En la finca de Tres Ríos íbamos a ver a Ana Cristina. De chiquilla ella siempre vivió con los abuelos; el papá, la mamá, los abuelitos, la tía y el marido de la tía, todos vivían en una casa muy linda. Todavía existe, queda de la esquina noroeste de la Iglesia del Carmen, 50 metros al oeste, a mano izquierda; hay un parquecito y enseguida está esa casa. Era una casa muy grande y los abuelos de Ana Cristina tenían cría de canarios. La abuelita de Ana era un amor de persona. La tía, Rita Aguilar, se encargaba de absolutamente todo lo de la casa; siempre anduvo de delantal, nunca se cambió de peinado y nunca tuvo hijos. Yo iba ahí de vez en cuando, pero eran unas visitas muy breves y controladas, porque eran personas mayores, muy serias.

Después, se pasaron a vivir a una casa por el barrio La California. Ahí se pasó la familia nuclear, o sea, Tía Quitin, tío Moncho, Monchito y Ana. A esa casa íbamos de vez en cuando a jugar de muñecas. De ahí se pasaron luego a vivir a la finca de Tres Ríos. A esa finca íbamos mucho más, aunque nunca al beneficio. Pero esa casa tenía mucho campo y tenía

una chayotera. Jugábamos mucho y nos trepábamos a unos palos de pitanga. Pero la casa donde más conviví con ellos fue la casa de Los Anonos. Esa finca de Los Anonos se encontraba donde ahora está Trejos Montealegre.

En esa época íbamos mucho a pasar el día con mi prima Cecilia Victoria. A veces ella venía a mi casa. Yo recuerdo con mucha ilusión y mucha alegría la época en la que convivimos con los primos de Trejos Montealegre. Su casa estaba en lo alto, como subida en unos zancos, para llegar había que subir unas escaleras.

En la parte de abajo había unos garajes y unos cuartos a los que nosotros nunca fuimos; eran como bodegas donde se guardaban cosas. Entrabas a la casa y a mano izquierda estaba el cuarto de Cecilia Victoria y Yoyo. A mí me fascinaba ir a esa casa. Cuando estábamos más grandecitos, nos teníamos que poner encima de los zapatos una especie de medias que había hecho tía Chechil para que no rayáramos aquellos pisos. Y entonces le sacábamos brillo al piso mientras patinábamos por todo lado. En el corredor nos encantaba jugar cromos, jackses, cartas, tonto y burro. También andábamos en bicicleta en los patios del beneficio. Gozábamos montones cuando jugábamos bate, que es una especie de béisbol, pero se tiraba con la mano. Para todas esas cosas yo era buenísima: para patinar, para andar en bicicleta, para el bate.

A veces íbamos a visitar el beneficio que estaba cerca de la casa. Atravesábamos los patios y ahí estaba el beneficio y veíamos trabajar a los hombres; con unos peines grandes, peinaban el café para que se secara. Después ponían el café en los tanques para que se desollara. Era todo un proceso muy interesante.

Luego hacíamos paseos; eran lo máximo, porque nos montábamos en la parte de atrás de los camiones y llevábamos un almuerzo frío. Nos bajábamos en un potrero y ahí nos sentábamos a comer el almuerzo que llevábamos. Íbamos todos, los niños y los grandes, hasta mi abuela y mi abuelo iban. A veces también mi mamá.

Otra vez, en plena cogida de café, cuando el beneficio trabajaba hasta altas horas de la noche procesándolo, le dije a Cecilia Victoria: “bajemos el *breque* y juguemos calavera zum zum”. Bajé el interruptor del beneficio

y no el de la casa; todos brincábamos de la gozada. Pero cuando lo volví a subir, vimos a Tío Yoyo que venía como un miura... Habíamos cortado la luz del beneficio que trabajaba de noche en pleno proceso del café y no hubo excusa: la nalgada se la llevó Cecilia Victoria.

Recuerdo que todos los primos paseábamos mucho con mi papá. Mi papá era un hombre extraordinariamente maravilloso; él nos enseñaba a todos, no solo a mí y a mis hermanos, todos aprendimos a andar en bicicleta con él. Papá nos enseñaba todos los juegos habidos y por haber; nos llevaba a pasear a donde los otros tíos jamás querían ir, por ejemplo, a Plaza Víquez. El que se encargaba de llevarnos a todos los chiquillos era papá. Nos tiraba del tobogán, nos montaba en todos los aparatos y nos compraba dulces y las cosas que vendían allí. Y todo era mi papá. La verdad es que era un hombre extraordinario, de una gran paciencia, que tranquilizaba y ponía mucha calma siempre. Además, era muy divertido y tenía un humor muy peculiar, ¡un poco filoso, ja, ja, ja! Era el que pasaba más tiempo con los niños; los otros eran muy serios.

De mi hermano menor, Luis, casi no me acuerdo de chiquillo. Recuerdo que estaba ahí. Si íbamos a Ojo de Agua o al parque, Luis estaba ahí. Yo empiezo a tener recuerdos de Luis Alberto cuando entró a La Salle; no sé si fue a kínder, si en esa época ya se usaba o si fue a primer grado. Recuerdo que lloraba y lloraba, y mamá tenía que ir a traerlo de la escuela. Otra cosa divertida de Luis Alberto es que se pasaba a dormir conmigo cuando le daba miedo. A mí también me daba miedo y el que me rescataba era mi papá. Él venía con un foco para enseñarme que debajo de mi cama no había monstruos.

### ***La belleza y las procesiones***

Recuerdo varias anécdotas de la época de las procesiones. En esa época, para las niñas era superimportante salir de ángel en las procesiones. Las que se hacían en la Iglesia de La Soledad eran las más famosas. Y en esa iglesia precisamente se había casado mi mamá. Mi mamá tenía fama de ser una mujer muy bella y se contaba que era una novia lindísima,

que la gente se amontonaba para verla entrar a la iglesia. Bueno, en todo caso, esa Semana Santa tía Chechil y mi mamá decidieron que Cecilia Victoria y yo saliéramos de ángeles, pero ¡jamás en la misma anda! “Parecerían arroz y frijoles”, dijo mi mamá. Entonces cada una en su propia anda. Recuerdo otra vez que salí de Virgen María. No estaba mi mamá aquí en Costa Rica, creo que se había ido con Manuelito a algún tratamiento en Estados Unidos y yo me había quedado donde mi abuela. Mamá me había dejado el vestido, pero no me lo pusieron bien: se me caía el velo, el adorno de la cabeza, se me caía todo, y yo tenía que estar a la par del portal, sujetándome seguro los velos; recuerdo que sufrí mucho. Era lindo, no digo que no, pero no me gustaba mucho la idea de salir de Virgen María con San José, que era Félix Ortiz.

Siempre sentí que era una tirada ser morena. Tanto era así la cosa en mi familia, que Papito, cuando éramos chiquitas y llegaba alguna visita a la casa, a la que llamaba para que la vieran era a Cecilia Victoria, que tenía trenzas rubias y ojos azules y a mí me ninguneaban.

Creo que fue después de que Papito me ninguneó por ser morena, que no pude contenerme y le dije a Cecilia Victoria que desgraciadamente a las rubias se les cae el pelo... todito y se quedan calvas. ¡Ni para qué! Al día siguiente, seguro después de tener pesadillas, le preguntó a tía Chechil si era cierto que se iba a quedar calva por ser rubia, que yo le había dicho. Y claro, mi mamá con los ojos desorbitados me llamó la atención y me mandó a pedirle perdón. Así lo hice, con tanta pena que todavía hoy en día siento aquella vergüenza.

El tema de la belleza te marca como mujer en una sociedad donde se te pide, desde pequeña, que seas bella. Te siembran esa idea y te dura toda la vida. A mí me costó mucho superarlo. No sé cuándo empecé a sentirme bien conmigo misma, con mi cuerpo y tal como soy. Pero ya era grande.

Eran cosas estúpidas, pero forman parte importantísima de lo que soy. Ahora yo tengo 80 años y cuando veo para atrás, me digo, pero qué tonta era. En realidad, no es que fuera tonta, es solo que en esa época a las mujeres nos educaban mal. Me acuerdo bien de un cuento de *Mi tía Panchita*, “La negra y la rubia”, que decía: “La lora gritaba. La niña bonita debajo de l’olla, la negra feroza se quiere casar...”. Aquello a mí me sonaba terrible.

Esta es una  
muestra del libro  
en la que se despliega  
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la  
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA  
UCR  
  
VIRTUAL

## ACERCA DE LA AUTORA

**Lorena Clare Facio** nació en Escazú, Costa Rica, en 1943. A los 19 años se casó con Miguel Ángel Rodríguez y tuvieron cuatro hijos. Apasionada por los deportes, destacó en equitación. Fue primera dama de la República 1998-2002. Ha recibido distinciones nacionales e internacionales. Destaca su nombramiento como Ciudadana de Honor por su trabajo de promoción política y de la salud de las mujeres y en favor de personas con discapacidad, jóvenes y adultos mayores.

Corrección filológica: *Jessica López V.* • Revisión de pruebas: *Pamela Bolaños A.*  
Diseño de contenido, diagramación y portada: *Daniela Hernández C.*  
Imagen de portada: Retrato de Lorena Claire Facio, ex Primera dama de Costa Rica. Asamblea Legislativa de la República de Costa Rica, 2022. • Control de calidad: *Raquel Fernández C.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.  
Junio, 2024.

Con estilo espontáneo, Lorena Clare Facio cuenta su vida como mujer, madre, esposa y primera dama de Costa Rica (1998-2002). Recuerda con humor los años de infancia en su Escazú rural, su adolescencia, su estricta educación, su amor por la familia y su fe en Dios. Como primera dama relata sus empeños y logros en la promoción de las mujeres costarricenses, su salud y su participación política, y para atender personas con discapacidad, jóvenes y adultos mayores. Su Ciudadanía de Honor, concedida por la Asamblea Legislativa en 2022, recuerda su gran aporte a la sociedad y la política costarricense.